

con la izquierda su segunda copa de ginebra en tanto que meneaba la derecha como si, armada todavía del escalpelo de otros días, fuese a atacar una región anatómica.—“Al mando de un jefe como él, se va a cualquier parte, hasta al pesebre. . . . Pero él tiró la bola y la deja rodar. . . . Luego vinieron otros a tomarla: viejos ex-traidores, avaros de manos vivas y filántropos de manos muertas, unos cuantos frailes golosos, extranjeros perniciosos y yernos diputados. . . . Que nos manden esos; es lo que me duele.” Y esgrimíó el puño contra el montón ideal, no de un sólo golpe, como Arroyo, sino en giro circular.

—¿Yernos? . . . También las suegras mandan, hizo notar el cantinero Peter Gay surgiendo en la discusión con su gorra turca, y prosiguió:

“Dicen que Doña Toribia Riechi quita y da empleos, Doña Pancha Escajadillo de Borones influye en los negocios de aguas; Doña Anacleta Tresillo de Pimienta.

—Brindo por ellas, interrumpió Milanés con galantería heroica y apuró el ginebra.

Ensimismado, Arnulfo Arroyo salió a la calle con el aspecto de un infeliz que va a cometer una barbaridad.



XXXI.

LA TROMPADA AL CAUDILLO.

Se echó a vagar por la Avenida de San Francisco y Plateros en dirección a la Alameda. Oyó toques de cornetas, marciales redobles. Se sintió barrido por la caballería, empujado a la acera, tras una valla de soldados que presentaban armas. Avanzó escurriéndose. Los bien vestidos, los de la recua endomingada, se apresuraban a dejar el paso libre a aquel andrajo vivo envuelto en grasientos andrajos, aquel rostro citrino de barba inmunda, sudoroso de alcohol. Se daba él cuenta del asco que inspiraba, y en el fondo de su delirante grandeza, ideas de miseria sobrevenían, intercurrentes. Al paso por el Jockey Club, vió la puerta salpicada de jóvenes quintesenciales cuya principal ocupación

CAPITULO XXXI
LA TROMPADA AL CAUDILLO

consiste en disparar flechas de ingenio contra los transeuntes; en el fondo, sentados en estrado, distinguió a los vetustos profesionales del amor y del naípe. Y ensanchó su tema: “ni a estos ni a mí nos regeneró la revolución porfirista.” Detenido unos instantes en el jardincillo de Guardiola, vió los balcones circunvecinos, los intercolumnios de la “casa de los leones” poblarse de curiosos que tendían el cuello en espera de la *comitiva*.—“Preciso será que haga yo *una gorda*,” para que me lleven a estrenar la Penitenciaría,” repitió al oído de un camarada parrandero; “y que venga otro Emperador, aunque sea el arzobispo.” El delirio agudo se anunciaba con un dislate.

Siguió hacia la Alameda. Su instinto de ebrio famélico le llevaba a la cantina de Prendes en la esquina, hoy destruida, del Puente de San Francisco y Mirador de la Alameda. Sentía el estómago hueco. Esperaba encontrar allí quien le granjeara, con una copa, el acceso al *lunch* libre, muy reputado: guachinango fresco, barbacoa, guacamole y tortillas. Pero tanto la puerta del Puente como la del Mirador estaban obstruidas por pelotones en expectativa, desbordando de la cantina repleta. Como le resultaran inútiles las tentativas por entrar, se quedó ale-

lado, silbando a la sordina una tonadilla. Permaneció del lado del Mirador, cerca del par de carnívoros que necesitaban letreros para acreditarse como verdaderos leones.

En ese punto, la valla militar formada por los cadetes de Chapultepec se espaciaba a trechos practicables. Arroyo consideró que podía pasar fácilmente entre los dos cadetes próximos. “¡Estos chiquillos!” murmuró, abarcando de una ojeada sus espaldas y cuellos erguidos con marcialidad que atenuaba la tempranía de la vida. El megalismo sucedía en el ebrio trasnochado a la postración matutina. El sol, acercándose al meridiano, caldeaba la atmósfera, tan propensa a deshidratarse en la altitud. El calor y la sequedad unían sus irritaciones a los aguijoneos del hambre. El impulso nacía, preparado por alucinaciones subconscientes de fuerza. Vió todo pequeño en torno de su *yo*. Se sintió *muy hombre*, capaz de arrebatarse el arma a un cadete y acometer contra los que le cerraban el paso a la cantina. “¡Como no se acaben la barbacoa!” . . .

Pero la aproximación de la *comitiva* le distrajo de esta idea succulenta. Pasó la descubierta de policía montada, desfiló la burocracia en columna cerrada de levitas y chisteras, luego apa-

reció el núcleo de la procesión cívica marcado por sombreros penachudos. Entre éstos se distinguía el bicornio del Presidente quien, con su uniforme de General de División, marchaba con paso militar, destacándose del grupo de generales, ministros y diplomáticos. “Es él!” oyó Arroyo como si alguien se lo gritase al oído. En ciertos estados delirantes, la exteriorización de las sensaciones determina el impulso. Ya no era su propia fuerza ilusoria la que le invitaba a lanzarse. Eran múltiples fuerzas convergentes: las arterias ambiciosas de Velázquez;—las sugerencias de Hermundio y Penequez;—el hambre;—el antojo de saciarla en la cárcel, postrer refugio;—ansias quijotescas de vengar a “su clase” abofeteada en la persona del hermano Milanés.

Aquí el autor deja la palabra al “Justiciero,” periódico de la época:

“El Sr. General Díaz se aproximaba al lugar designado para la ceremonia oficial, cuando precisamente al llegar al punto en que se encuentran situados los leones que sobre pedestal de mármol dan acceso al *conocido* parque (idioso epíteto!), un hombre densamente pálido (donosa densidad! ¿puede decirse de la palidez, ni aun en figurado, que es *densa*?) y de aspecto repugnante, rompe con decisión la valla que en aquel punto formaban los alumnos del colegio militar.”

“El cadete, que no esperaba tal agresión por la espalda, cede a la violencia del empujón recibido, *pierde* el equilibrio (sin caer!) y cuando repuesto, se dispone al cumplimiento de su deber, ya se había llevado a cabo

EL ATENTADO.

Aquel criminal insensato, veloz como el rayo (velocidad *cursi*) se precipita, abriéndose paso entre los Sres. Generales Pradillo y Comodoro de la Armada Nacional, Sr. Ortíz Monasterio, quienes, por mucha *actividad* que desplegaron (vaya una actividad!) no pudieron evitar que se arrojara sobre el Sr. Presidente y le infiriera un golpe con algún objeto, tal vez una piedra que llevaba en la mano, haciendo caer el sombrero montado y produciéndole una conmoción que por fortuna *no tuvo importancia alguna.*”

“El Sr. Presidente hizo un movimiento, como para librarse de un objeto que caía sobre él; pues se imaginó que un poste que había visto vacilante al impulso de la multitud, se había desplomado.”

“El Sr. Monasterio asestó luego un tan tremendo golpe sobre la cabeza del agresor que lo hizo vacilar; y como se rompiera el bastón, con un pedazo de él que pudo agarrar (primer *agarrón*) el insensato quiso desprenderse del General Pradillo que trataba de derribarlo, y con él le desgarró la manga de la levita.

Los señores ayudantes lo agarraron (segundo *agarrón*) luego, y sujetándolo fuertemente, lo dejaron imposibilitado para moverse y lo entregaron al Capitán Lacroix.

Entretanto, el Sr. Presidente se inclinó a coger su sombrero montado que *se colocó en la cabeza* inmediatamente y contestó a las preguntas que le hicieron los señores mi-

nistros diciéndoles que absolutamente nada serio le había sucedido.”

“El Sr. General Díaz siguió tranquilamente su marcha, limitándose a encargar al Sr. General Lacroix (¿tan pronto General?) la custodia del reo pronunciando esta frase: “cuide Ud. que no se haga ningún mal a ese hombre.”

Y sigue el periódico:

“INDIGNACIÓN POPULAR.

Hubo un incidente que causó honda sensación entre los que lo presenciaron. Un hombre de la clase humilde (¿qué hubiera sido si no fuera *humilde?*) un cargador, se lanzó frenético sobre el *asesino* (*Sic!* Un agresor que no causa lesión de importancia alguna, pasa a asesino, como pasó a general el capitán Lacroix, con la *velocidad del rayo*); y en arranque implacable (¿qué tal clase *humilde?*) lo agarró (tercer *agarrón*) por el cuello y amenazándolo con un puñal, le dijo: “¿qué le ha hecho Ud. al Sr. General Díaz?”— La policía evitó que ese hombre desahogara su ira sobre el *asesino*. (Y dale!—El “Justiciero” insistía en matar al Presidente por su propia cuenta.)

Al través de los años, esa agresión, cuyos efectos se reducen a tirar un sombrero, aparece grotesca como la literatura informante. El barbarismo se propaga. Va de Arroyo al comodoro, al cargador, al cronista. Seguirá propagándose. No quedará después de tanta insanidad más que una frase cuerda:

“Cuide Ud. de que no se haga ningún mal a ese hombre.”



XXXII.

CONFORME A LA LEY.

Con aparato bélico, espadas desnudas y pistolas al puño, lo llevaron al cuarto de guardia del Palacio Nacional. Luego el “asesino” pasó de Herodes militar a Pilatos polizaico. Fué el Inspector Velázquez quien se arrogó el derecho de llevarlo al Municipal; lo situó en la antesala de su despacho, inmovilizado con una camisa de fuerza y rudas cuerdas. Una de éstas, enrollada en torno de cabeza y cuello, se le hundía en la boca entreabierta.

—Muy bien, Don Eduardo; ya tiene Ud. agarrada a esa fiera anarquista!

—Y con bozal, respondió Velázquez a Tecla, convertido ya en repórter del “Justiciero,” mismísimo autor de la precitada narración del

COPIA ALFONSO
CARRERA

“Atentado.” Gacetilleros y repórters acudían en tropel. También personajes distinguidos, venidos allí por curiosidad o invitados por el Inspector. Todos contemplaban a Arroyo hecho un lío, en cuclillas, “chistoso” según algunos que reían de su meneo de quijadas para librarse del doloroso bozal.

Descollaban en el ruedo, por su importancia, un Don Generoso, Coronel y juez militar, con su secretario, y nuestro doctor y profesor Carriles, elevado a consultor médico-legista.

Tomó la palabra Don Generoso:

—Comenzaremos, señor Inspector, por examinar lo que se le encontró al reo.

Y como el secretario procediera a desenvolver un paquete, los circunstantes, alarmados esperaron la aparición de documentos incendiarios, puñales, venenos, explosivos. . . . En vez de ellos fueron saliendo un rosario y varias medallas religiosas que el anarquista llevaba pendientes al cuello; como armas, ni un alfiler; como papeles comprometedores, ni una carta de novia.

—¿Qué tal? exclamó Velázquez. Nada en dos platos. Ya lo sabía yo. Este es un *vivo*.

—Y de los más peligrosos, corroboró Carriles, con acento profesoral. No hay más que ver a los asesinos de reyes y presidentes. Han sido falsos

místicos. Ravailac tenía doce escapularios entre pecho y pechera. Jacobo Clement estaba *cuajado* de cruces y reliquias; Caserio Santo. . . .

—Le voy a tomar declaración, vociferó Don Generoso cortando la letanía carrilesca.

Ordenó Velázquez que desbozalaran al reo, cuya primera declaración fué que tenía hambre.

—“Hambre!” A ese grito de un estómago vacío, la Policía, la Judicatura, el Profesorado, respondieron con ironía inmensa. Apaches y comanches le dan de comer, a un prisionero hambriento, mientras no lo matan. Salvajes! El civilizado tortura a su víctima en prolongado ayuno. Y se ríe.

—No tengas cuidado! expresó generosamente Don Generoso; te vamos a dar un beefsteak por lo bien que *quedastes*.—Y moviéndose hacia el despacho del Inspector, el juez instructor se instaló en el sillón principal, hizo que le trajeran enfrente a Arnulfo, y de acuerdo con el Inspector dispuso: “Que salgan todos,” menos Velázquez, Carriles y el secretario. Cerróse la puerta y frente a ella, esparcidos por la antesala, permanecieron en expectativa Carlos Tecla y socios.

Estos plumíferos no se resignaron a la inacción. Para algo habían sacado sus lápices y carteritas; y no queriendo irse sin apuntes sobre la

declaración de Arroyo, contemplaban hostilmente la puerta cerrada.

No hay puertas que valgan contra la clase reporteril, hembra chismosa que ve y escucha por el ojo de la llave. Carlos Tecla hizo más. Dió vuelta al pestillo. Una hoja cedió a su discreto empuje y por el intersticio se puso a escuchar. A pasos de lobeznos, la tropita se agolpó trás él, echando adelante los pabellones de las orejas.

Se oyó la voz desfallecida de Arnulfo que se esforzaba por responder al juez.

—“No me acuerdo.... no sé cómo ni porqué.... Soy el elegido.... elegido del Sr. Velázquez (“cállate, hablador,” interrumpió el aludido) elegido de Dios para un cambio de Gobierno.... Un Imperio, con un Emperador verdadero, aunque sea el Arzobispo.”

Se produjo un remolino entre los periodistas, porque Velázquez, notando que la puerta se abría más y más, vino a cerrarla de firme.

“Arnulfo es un loco” fué el apunte unánime de las carteritas. Pero el repórter del “Justiciero” expresó sus escrúpulos proponiendo que esperasen hasta saber la opinión del Dr. Carriles, perito médico-legista, con patente oficial para decidir sobre achaques del alma, “casi un oráculo.”

Aprobaron al unísono los colegas; y como en los coros de opereta, hubo voces sueltas.

—Somos una potencia.

—La cuarta del Estado, como dijo.

Se oyó, a través de la puerta, la palabra altisonante de Don Eduardo significando que se había terminado el auto: “Te vamos a poner de nuevo el bozal.”

Continuaron las voces de repórters: —El Inspector! ¡Qué energía de hombre! El, por sí solo, es la Policía.—Ese sí que es potencia.—Y oráculo sin casi.

Se abrió la puerta, y apareció Arroyo, maniatado y abozalado. Desplomándose de hambre, volvió a las cuclillas en su rincón.

Asediaron los plumíferos a Carriles y Velázquez.

—¿Está loco?

—¡Qué loco ha de estar! respondió Carriles; es un simulador.

Un redactor del “Justiciero” con más altas funciones que Tecla, surgió de súbito entre los repórters interrogando a Velázquez.

Era Ezquerro. Encargado de sesudos editoriales, buscaba tema para uno en esta pregunta solemne:—¿Y por qué ley se le va a juzgar, por la civil ó por la militar?

Cuestión grave que hubiera embarazado a un polizaico que se preocupara de las leyes. Pero en México los grandes polizaicos son los antípodas del inspector Javert de 'Los Miserables'. Ese comisario de policía que forjó Víctor Hugo, "tigre legal," esclavo de la ley, "encarnación granítica" de la misma, "estatua del castigo, fundida de una sola pieza en el molde de la ley;" ese hombre es posible en una sociedad en que las leyes sean la expresión de deberes cumplidos. Pero donde las leyes se componen como piezas literarias más o menos originales y su ejecución se anula o se reemplaza con simulacros, allí el inspector Javert, suicidándose, echándose de cabeza al río, por remordimientos de no cumplir con la ley, es un personaje imposible. En buena hora que la ley le dijera. "Haz trabajar a tus detenidos; vale más cualquier trabajo que la ociosidad de nuestras prisiones." Pero no; le dice lo contrario:—"No puedes exigirles trabajos personales;" y como los hace barrer, fregar, cargar bultos en recua bestial, cubre todo eso bajo el nombre de "trabajos voluntarios, impersonales." La ley le dice que están prohibidas *las penas corporales*, y como no da cama ni alimento al preso, como le obliga a la inanición y al insomnio

en el duro suelo, discurre que aquellas no son penas o son *incorporales*.

Mimificar la Ley; hacer de su cumplimiento una mímica más o menos grotesca, como la del mono de la fábula con la linterna mágica apagada; tal es la orientación que dirige a nuestros Javert degenerados. Cuando el calendario político les anuncia: "mañana es día de elecciones," preparan la casilla electoral en cualquier zaguán grande. Llegado el *mero día* todo está listo: la mesa con su carpeta, el *ánfora* (un recipiente que todo pueda ser, menos ánfora,) las boletas de votación, el presidente y secretario de la mesa representados por personajes menores, amanuenses, mozos de oficio o policías disfrazados de ciudadanos. Sólo faltan los votantes, elemento tan importante para una elección como la luz para la linterna mágica. No importa! Se escriben nombres supuestos en las boletas, con mayoría absoluta en favor del *elector* efectivo, cualquier empleado susceptible de parecer una *persona decente*; se levanta un "acta" que, presidente y secretario firman de puño propio o acaso del ageno, *por no saber escribir*; y de ficción en ficción, de mímica en mímica, el simulacro continúa su desarrollo a través del *colegio electoral*, comisiones escrutadoras, cámaras, un vasto sistema de

falacias legales, erigido en escuela formadora de funcionarios falaces.

Formado en ella, el Inspector al ser interrogado:—“¿Por qué ley se le va a juzgar, por la civil o por la militar?” contestó:

—Quién sabe!—Y callandito, al redactor Ezquerro:

—“Ni por una, ni por otra. Por la ley Lynch,”

—Don Eduardo! Don Eduardo! clamó Arroyo con débil lamento, a través del bozal.—Tengo hambre, tengo sed!

—Espera un poco. Te van a *dar agua*.

A esta última frase que le lanzó el Inspector retirándose, el encamisado se agitó con espanto.

—¿Porqué?



XXXIII.

“EL AGUA DE LA MUERTE.”

—“Denme agua,” es el grito del que va a morir, el *sitio* (tengo sed) de Jesucristo agonizante, supremo llamamiento al consuelo.

En la angustia postrera, cuando la piel crispada suda en frío y los ojos se anublan; cuando la garganta se cierra bajo la conciencia del fin irremediable, el hombre se vuelve hacia el prójimo, siquiera sea su verdugo: su boca seca le pide unas gotas del universal refrigerio.

—“Denme agua!”—Era la rogativa de los que morían fusilados, colgados, a veces en grupos (“racimos de horca”) en el México tumultuoso que pasó (y acaba de volver) cuando *matar* al correligionario o al enemigo, en el camino o en la vereda, antes o después de la batalla, constituía el aperi-

CRISTINA ALFONSO

tivo y el postre de todos los días en el sangui-
nario banquete. Y sucedió que, a fuerza de oír
la petición, los sacrificadores se adelantaron a
satisfacerla. La oferta suprimió la demanda; y
fueron *ellos* los que solicitaron el agua para la
víctima atragantada y silenciosa. Siguió la ma-
tanza; y los matanceros, cansados de dar agua,
omitieron la cosa y dejaron sólo la palabra. De
allí, por una gradación insensible, por un arti-
ficio de Retórica endiablada que no consta en
ningún Gómez Hermosilla, Campillo, etc., pasa-
ron a trocar el *antecedente* por el *consiguiente*. A
la idea mortal, substituyeron la idea hídrica, di-
jeron: “denle agua a ése,” en vez de “mátenlo.”

En esa inversión de términos había la atenua-
ción crónica, grata a nuestra clase ruda. Cuan-
to más bajo descende el pelado en la escala mo-
ral, tanto más se complace en atenuar, con dul-
ces circunloquios, lo terrible del significado. El
convicto foragido, que declara “una metidita”
cuando ha dado una puñalada, es el más per-
verso de los matones.

—“Denle agua!” Compasión irónica, ca-
ricia y puntillazo; la perífrasis canalla nacida
en la encrucijada, subió al vocabulario secreto
de los sicarios oficiales, dichosos de afrontar fór-
mulas para mimificar la Ley y escamotear sus

infracciones.—“Yo no les digo que lo maten; us-
tedes verán lo que hacer. . . . Denle agua!”

La palangana de Pilatos se vierte en un jarro;
el agua lustral se convierte en agua pseudo-
potable para la víctima ilusa que sólo bebe “el
agua de la muerte.”

Por eso tembló Arroyo.

CAPITULO ALFONSO
CAMPILLO